

22 de septiembre

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE MONTE SENARIO

Memoria obligatoria

Los Siervos de María celebran cada año la dedicación de la basílica de Monte Senario, el lugar donde los siete primeros Padres pusieron los cimientos de la Orden, que allí encuentra, en todas las épocas, motivo y estímulo para su renovación espiritual. Hasta el siglo XVII la iglesia de Monte Senario llevó el título de «santa María de los Siervos», pero el 4 de abril de 1717 quedó dedicada a la santísima Virgen de los Dolores.



Invitatorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo,
que amó a la Iglesia y se entregó por ella.

El salmo invitatorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

¡Jerusalén, ciudad dichosa!
¡Jerusalén, visión de paz!
Sobre los cielos te levantas,
alta ciudad de piedras vivas,
y ángeles puros te coronan
como una joven desposada.

¡Monte Senario, cima sacra!
De los Siervos hogar y cuna:
en tus penas, en el sonoro
bosque de abetos perfumado
de los siete primeros Padres
la voz y el rostro se adivinan.

Allí en el azul vibrante,
en la luz blanca, encendida,
grabada queda, tenaz, fuerte,
de los Siete la huella santa:
de amor fraterno, de entrega
total a la Virgen gloriosa.

Gloria y honor al Dios altísimo,
al Padre, al Hijo y al Paráclito.
Suyo el poder y la alabanza;
suyo el reinado por los siglos. Amén.

SEGUNDA LECTURA

Del «Tratado sobre la gloria y honor del Hijo del hombre» del venerable Gerhoh de Reichersberg, presbítero.

(Cap. X, 1-3: PL 194, 1105-1106)

Después de Cristo, María es el inicio de la Iglesia

Cristo tiene una esposa, a saber, la santa Iglesia y toda alma fiel, como el Padre tuvo por esposa a la antigua Sinagoga y, en ella, a todas y cada una de las almas fieles.

La santísima Virgen María fue la porción más selecta de la antigua Sinagoga. Ella fue tan amada por Dios Padre que la inflamó con su amor más que a cualquier otro y la fecundó también con su Verbo; este Verbo, pronunciado en ella y concebido en su mente antes que en su vientre, *salió de ella como el esposo de su alcoba (Sal 18, 6)*, para amar a la nueva Iglesia y, en ella, a cada uno de los fieles, *como a una novia ataviada para su esposo (Ap 21, 2)*. Pero entre todas las esposas la más adornada fue y continua siendo la santísima Virgen María, ya que ella era el cumplimiento pleno de la Sinagoga, por su cualidad de hija escogida de los patriarcas; y fue, después de su Hijo, el santo inicio de la Iglesia, ya que era madre de los apóstoles, a uno de los cuales fue dicho: *Ahí tienes a tu madre (Jn 19,26)*.

En efecto, lo que fue dicho a uno solo, pudo ser dicho a todos los santos apóstoles, padres de la nueva Iglesia. Y, teniendo en cuenta que Cristo rogó al Padre por todos los que habían de creer en él por la palabra de los apóstoles, pidiéndole *que todos sean uno (Jn 17, 21)*, puede aplicarse a todos los fieles que aman a Cristo de todo corazón lo que fue dicho a uno solo, es decir al discípulo que tanto amaba a Cristo y al que Cristo amaba con amor de predilección. Por esta razón, aquella santa Madre nos dio a luz a todos junto a la cruz, cuando, consciente de que su único Hijo sufría por la redención de todos, sufrió dolores de parto al ser traspasada su alma por la espada del sufrimiento compartido. Por tanto, no en vano, la invocamos llenos de esperanza, diciendo: no solo *Ave, maris stella, Dei mater alma*, sino también: *Monstra te esse matrem*; ella tiene, en efecto, una doble maternidad: una, por la que dio a luz a su Hijo sin dolor; otra, por la que dio a luz, para sí y para su Hijo, a muchos otros hijos, con gran dolor y tristeza, tristeza suya, de su amado Hijo, y de sus discípulos. A esta tristeza pueden aplicarse aquellas palabras del Esposo: *Triste esta mi alma hasta la muerte (Mt 26,38)*.

Refiriéndose a la nueva esposa, a saber, la primitiva Iglesia apostólica, de la cual María era la parte más excelente, dijo, entre otras cosas, el Esposo, previendo que había de faltarle el vino que alegra el corazón: *La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora (Jn 16, 21)*; Y dice también: *Vuestra tristeza se convertirá en alegría (Jn 16, 20)*. Es como si hubiera dicho: «Vuestra agua se convertirá en vino». Porque, cuando dijo estas palabras ya era inminente la hora en que, por su muerte y resurrección, la naturaleza humana, mortal y corruptible como el agua, iba a convertirse en el vino de la dichosa inmortalidad, al que al gustarlo, *los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor (Jn 20, 20)*.

No es de extrañar que aquella Mujer que, igual que ellos, y más que ellos, había sufrido al dar a luz espiritualmente, ya que una espada de dolor había traspasado su alma, se alegrara ahora también más intensamente que los demás invitados al banquete de bodas, a causa de la degustación en Cristo del vino de la inmortalidad.

Con este vino se embriagarán también, el día del banquete de bodas universal, todos los que resucitarán transformados, pues entonces todos resucitaremos, pero no todos nos veremos transformados (*1Co 15,51*).

RESPONSORIO

cf. Ap 21, 2. 10

R/. Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, * Ataviada como una novia que se adorna para su esposo.

V/. La vi que bajaba del cielo, de junto a Dios, radiante con la gloria del Señor.

R/. Ataviada como una novia que se adorna para su esposo.

O bien:

Venid, veamos el lugar que el Señor nos ha preparado, subamos al monte del Señor

El autor de la Leyenda sobre el origen de la Orden, al describir el itinerario espiritual de los siete primeros frailes Siervos de santa María, nos enseña cuán importante fue para ellos el retiro y soledad en Monte Senario. Cuando llegaron allí, a finales del año 1245, o a comienzos del año siguiente, fue como si hubiera empezado una nueva etapa del camino que Dios les había destinado. En efecto, Monte Senario fue para nuestros siete Padres «la montaña preparada por Dios» y «reservada por la divina providencia».

El hagiógrafo describe la maravillosa naturaleza de aquel lugar como si la viera con los mismos ojos de los siete Padres: una pequeña y acogedora planicie en el vértice del monte, una fuente de agua purísima, un bosque tan bien ordenado como si lo hubiera plantado una mano de hombre. Pero sobre todo lo presenta como idóneo para el propósito de los siete Fundadores, «ya que estaba apartado de cualquier lugar habitado y era plenamente adecuado para los que querían hacer penitencia en la cumbre de él». Al darse cuenta de todas estas cualidades, los siete primeros Padres saludaron Monte Senario con el nombre sagrado y bíblico de «monte del Señor». El autor de la Leyenda nos presenta a los Siete cuando a la vista del Senario, exclaman: «Venid, veamos el lugar que el Señor nos ha preparado, subamos al Monte del Señor, lugar apropiado para nuestra vida de penitencia». La ascensión de los Siete a la cumbre de aquel monte fue un signo y una imagen de sus ascensiones espirituales.

Allí, en la cima del monte, los Siete santos varones construyeron una *domuncula*, una pequeña casa para habitación; para la oración y la celebración de los sagrados misterios, edificaron una *ecclesiola*, una pequeña iglesia u oratorio, y lo dedicaron a santa María, para demostrar su devoción a la Madre de Dios, su gloriosa Señora, abogada y mediadora. Muy pronto, en la Orden de los Siervos, se introdujo la costumbre, a imitación de los primeros Padres, de dedicar las iglesias a santa María; leemos a este propósito en las *Constitutiones antiquae*: «Todas las iglesias de nuestra Orden y su altar mayor serán edificadas y consagradas en honor de nuestra Señora».

Las vicisitudes del culto a la santísima Virgen en Monte Senario coinciden, casi, con las vicisitudes del convento, el cual una y otra vez fue el centro de la renovación espiritual de toda la Orden de los Siervos.

A finales del siglo XV, algunos frailes que habían sido formados en Monte Senario, fundaron la Congregación de la Observancia, con el fin de restituir a la Orden su primitivo fervor.

El año 1593, el papa Clemente VIII, con la bula *Decet Romdnum Pontificem*, aprobó canónicamente la Congregación de Ermitaños de Monte Senario, que se difundió por la Toscana y el Lacio, destacándose por las virtudes eminentes de sus miembros. Pero el año 1778, Leopoldo, gran duque de Toscana, suprimió la Congregación de los Ermitaños, y así el convento de Monte Senario volvió a la observancia común.

La humilde iglesia de Monte Senario, derruida muchas veces por el correr del tiempo y las inclemencias, fue constantemente restaurada y ampliada por obra de los frailes. También su título fue cambiado más de una vez: al ser reedificada, el día 21 de septiembre de 1621, fue dedicada a la Asunción de la santísima Virgen; luego, el año 1717, restaurada y debidamente consagrada, fue dedicada a la Virgen Dolorosa y a san Felipe Benicio. El año 1918, el papa Benedicto XV, con la carta apostólica *In Senario Monte*, promovió la venerable iglesia a la categoría de basílica menor.

Todos los Siervos y Siervas de María consideran Monte Senario como un lugar sagrado y como la cuna y patria espiritual de la Orden: porque guarda la memoria de los orígenes de la Orden y conserva los cuerpos de los siete santos Padres, la reliquia más preciada. Monte Senario recuerda

a los Siervos cual debe ser su vida: austera y penitente, laboriosa y orante, acogedora y fraternal, escondida en Dios y solícita de las necesidades de los hermanos.

La basílica de Monte Senario y todas las iglesias de la Orden que posteriormente han sido dedicadas a santa María recuerdan a los Siervos muchos elementos de su espiritualidad: en primer lugar, que están dedicados al servicio de la Madre de Cristo y que toda su vida y su actividad apostólica se desarrollan bajo el patrocinio de la Señora; luego, que es deber suyo procurar que todas las iglesias de la Orden sean un testimonio de la devoción de la Iglesia y de los Siervos a la Madre de Dios; finalmente, que han de convertirse ellos mismos en un templo de Dios santo (cf. *ICo 3, 17*) del mismo modo que la Virgen María, acogiendo el Verbo del Señor en su corazón inmaculado y en su seno virginal, se convirtió en excelsa morada de Dios.

RESPONSORIO

R/. Los siete Padres, al encontrar Monte Senario, se decían unos a otros llenos de alegría y temor de Dios:

«Vengan, veamos el lugar que el Señor nos ha preparado;

* Subamos al monte del Señor, lugar adecuado para nuestra vida de penitencia».

V/. «Vengan, vengan; apartémonos de las cosas del mundo y dediquémonos al cumplimiento perfecto de la voluntad del Señor».

R/. «Subamos al monte del Señor, lugar adecuado para nuestra vida de penitencia».

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Piedra angular y fundamento eres tu, Cristo,
del templo espiritual que el Padre alaba,
en comunión de amor con el Espíritu
viviente, en lo más íntimo del alma.

Piedras vivas son todos los cristianos,
ciudad, reino de Dios edificándose
entre sonoros cánticos de júbilo indecible
al Rey del universo, templo santo.

El cosmos de alegría se estremece
al latido vital de nueva savia,
pregustando el gozo y la alegría
de un cielo y una tierra renovados.

Cantad, hijos de Dios, adelantados
del Cristo total, humanidad salvada,
en la que Dios en todos será todo para siempre,
comunión de vida en plenitud colmada.

Entonad, siervos de santa María,
himnos de acción de gracias y alabanza:
sois racimos de la vid del Senario,
sois descendencia de los siete Santos.

Demos gracias al Padre, que nos llama
a ser hijos en el Hijo bienamado,
abramos nuestro espíritu al Espíritu,
adoremos a Dios que a todos salva. Amén.

LECTURA BREVE

Is 56, 7

Los conduciré a mi monte santo y los llenaré de alegría en mi casa de oración. Sus holocausto y sacrificios serán gratos a mi altar, porque mi casa será casa de oración para todos los pueblos.

RESPONSORIO BREVE

R/. Grande es el Señor, * Y muy digno de alabanza.

Grande es el Señor, y muy digno de alabanza.

V/. En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.

* Y muy digno de alabanza.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Grande es el Señor, y muy digno de alabanza.

Benedictus, ant.

Brillen cual luz de lámpara,
como el templo del Dios vivo colocado sobre el monte.

PRECES

Alabemos a nuestro Salvador, que, nacido de la Virgen, es el templo verdadero donde habita la plenitud de la divinidad. Pidámosle:

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia.

Salvador del mundo, que, por la eficacia de tu redención, preservaste a tu Madre de toda mancha de pecado,

- guárdanos limpios y puros en tu presencia.

Redentor nuestro, que hiciste de la Virgen María el tálamo purísimo de tu Encarnación y el santuario del Espíritu Santo,

- haz de nosotros un templo perenne de tu gloria.

Sacerdote nuestro, que quisiste que tu Madre estuviera junto a la cruz, - concédenos, por su intercesión, compartir tus padecimientos.

Rey de reyes, cuya Madre, asunta al cielo en cuerpo y alma, reina contigo en la Ciudad de la vida,

- haz que aspiremos siempre a los bienes de allá arriba, donde estas sentado a la derecha del Padre.

Señor del cielo y de la tierra, que nos diste a la santísima Virgen como ejemplo y testigo de fiel servicio,

- haz que empleemos este día en tu servicio y en el de los hermanos.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Reunidos en compañía de María, como lo estaban los apóstoles, concluyamos nuestras peticiones diciendo juntos la oración del Señor:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Señor, Dios nuestro, todo el universo es templo de tu gloria, pero sobre todo el corazón del hombre, morada del Espíritu: concede a quienes celebramos la dedicación de la basílica de Monte Senario adorarte donde quiera en espíritu y en verdad y ofrecer a la Virgen, nuestra Señora, pruebas cada día mayores de amar y de servicio. Por nuestro Señor Jesucristo.

Vísperas

HIMNO

Nueva Jerusalén y ciudad santa,
nuevo Israel, nueva morada
de la comunidad de Dios en Cristo edificada,
Iglesia santa.

Esposa engalanada, con Cristo desposada
por obra del Espíritu en sólida alianza,
divino hogar, fuego de Dios que al mundo inflama,
Iglesia santa.

Edén de Dios y nuevo paraíso,
donde el nuevo Adán recrea a sus hermanos,
donde el «no» del pecador, por pura gracia,
el «si» eterno de amar de Dios alcanza,
Iglesia santa.

Campo de Dios, alta cima, erguida
en el azul toscano es el Senario,
donde inflamados viven los siete Padres,
Familia santa.

Adoremos a Dios omnipotente y a su Espíritu,
que en el Hijo Jesús, Señor constituido,
del hombre que ha caído raza de Dios levanta,
Iglesia santa. Amén.

LECTURA BREVE

Ap 21, 2-3.

Vi que descendía del cielo, desde donde está Dios, la ciudad santa, la nueva Jerusalén engalanada como una novia que va a desposarse con su prometido. Oí una gran voz , que venía del cielo, que decía: “Esta es la morada de Dios con los hombres; vivirá con ellos como su Dios y ellos serán su pueblo”.

RESPONSORIO BREVE

R/. Dichosos, Señor, los que viven * En tu casa.

Dichosos, Señor, los que viven en tu casa.

V/. Alabándote siempre. * En tu casa.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Dichosos, Señor, los que viven en tu casa.

Magnificat, ant.

Monte Senario, casa de santa María, donde los ojos se embriagan de Belleza, el corazón se abre a la Sabiduría, el espíritu anhela al Bien.

PRECES

Elevemos nuestras plegarias a Dios Padre misericordioso, que suscitó en la Iglesia a nuestra Orden, para que fuese signo de vida fraterna! y testimonio de amor y servicio a santa María. Llenos de confianza, digámosle:

Acuérdate, Señor, de la familia de los Siervos.

Da, Señor, a nuestra Orden nueva linfa y nuevo vigor,

- para que produzca en la Iglesia frutos renovados de justicia y santidad.

Dígnate, Señor, enviar numerosas vocaciones a toda la familia de los Siervos,

- hombres y mujeres que quieran seguir a Cristo y servir a santa María en comunión fraternal.

Haz, Señor, que como los siete santos Fundadores seamos leales discípulos de Cristo:

- humildes y sencillos, artífices de paz y hombres de misericordia, siervos de todos por amor.

Aumenta, Señor, nuestro amor y devoción a santa María, nuestra madre, Señora y mediadora,

- y haz que seamos como ella obedientes a tu palabra y dóciles a la voz del Espíritu.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Lleva, Señor, a la paz y a la luz del cielo a nuestros hermanos y hermanas difuntos,

- que en esta vida pusieron su esperanza en la fidelidad al Evangelio .

y en la fuerza salvadora de la cruz.

[Concluyamos nuestras preces con la plegaria que nos enseñó Jesús, oración de discípulos, de hermanos, de hijos:]

Padre nuestro.

La oración conclusiva como en Laudes.